

en CUBA

LA GUERRA CIVIL

Sangre en Palacio

MIERCOLES 13 de marzo Eran las 3:22 minutos de la tarde en La Habana. El sol descendía sobre la ciudad, reverberando en el asfalto de las calles y en las quietas aguas del litoral. Una sofocante sensación de calma envolvía los alrededores del Palacio Presidencial. La avenida de las Misiones lucía desierta. El monumento a Máximo Gómez se empinaba por encima de la montaña de tierra de las obras del túnel.

Del otro lado, en el parque Zayas, grupos reducidos se guarecían a la sombra raquítica del arbolado. Por Zulueta, una veintena de turistas se encaminaba hacia la fábrica de tabacos La Corona. En los portales del hotel Parkview, un matrimonio norteamericano —la mujer, de pelo rojizo y espejuelos deportivos; el hombre, alto, rubio y en slacks— tomaba fotografías de la mansión ejecutiva.

Dentro de la propia zona. Bellas Artes, con su exhibición de la Familia Humana, y el Sloppy Joe's, con su muestrario de licores. En el vestíbulo de la Asociación de Reporters algunos periodistas cambiaban comentarios y noticias. Al lado, en el cuartel de bomberos, asomaba por la ancha puerta el chasis de un carro extinguidor. Y más distante, el paseo de Martí, con su incesante teoría de vehículos.

La custodia exterior de la casa del Ejecutivo era la normal. Policías y soldados, de casco blanco y armas largas, en la vigilancia de rutina, sin ningún signo visible de inquietud. Dentro, una parte de la guarnición reposaba. En el primer piso, los burócratas de las oficinas palatinas desenvolvían sus labores. Andrés Domingo, se sumergía en el examen de diversos expedientes.

Por los amplios corredores, en el salón de espera y por el del Consejo de Ministros discurrían los ujieres y empleados subalternos. En el departamento destinado a los reporteros, los personeros de la prensa aguardaban el inicio de los trajes oficiales. Allí estaban Solís, Rivero, Torres Momplet, Merino, Cuervo, Riverón, Valdés Neyra y Leonor Quintana, en la tediosa espera.

El general Batista había almorzado con el ministro de Defensa,

Santiago Verdeja. Luego despacho con Morales del Castillo, fijando los pormenores de las audiencias de la tarde que incluían a un centenar de aviadores civiles norteamericanos y al embajador del Uruguay, contralmirante Rivera Traveso, en vísperas de regresar a su patria, venía a cumplimentar el trámite de la despedida. Poco después de las tres, el Jefe del Estado subió al tercer piso para ver al más pequeño de sus hijos, que se encontraba enfermo, y para sustituir su ropa deportiva por otra más severa.

La agenda del día no llegaría a su término. A las 3:24, dos jóvenes detuvieron un ómnibus de la ruta 14, en la calle Chacón, situándose en el estribo delantero. Unos metros atrás marchaba un autobús M-1. Por Monserrate subían dos autos seguidos de un camión de reparto color rojo con el rótulo comercial de Fast Delivery, S. A., chapa 362-735.

Al siguiente minuto, los cinco vehículos coincidieron al costado del Palacio, en la cuadra de Colón limitada por Zulueta y Monserrate. De súbito el camión se detuvo como si hubiera sufrido una interrupción mecánica. Uno de los autos pasó a su izquierda a moderada velocidad hasta quedar situado frente a la puerta de acceso a la residencia palatina. El otro se detuvo también junto al carro rojo de reparto. Eran exactamente las 3:25.

Enseguida se acumularon los acontecimientos. Del primero de los automóviles descendió un grupo de jóvenes precedidos por uno que vestía pantalón y camisa azul y que empujando una ametralladora de mano se lanzó corriendo hacia la entrada del Palacio.

—¡Ahora! ¡Al asalto! —se le oyó gritar.

Instantáneamente, la calle se llenó de civiles armados que saltaban del camión haciendo fuego contra los custodios. Las primeras ráfagas barrieron la puerta, abatiendo al soldado Mario Verdeza Romero, a los cabos José M. Rodríguez Lugo, de la Policía Nacional y Carlos M. Hernández, del Ejército.

Del ómnibus de la 14 y del autobús bajaron otros insurgentes, mientras al estampido seco de las armas automáticas se incorporaban las explosiones, más sordas y amplias, de las granadas de mano. Ya, desde los pisos superiores del Palacio, se ripostaba al ataque. El vehículo de la COA atrapado en

la línea de fuego, fue acribillado a balazos en tanto el transporte de la otra empresa, más afortunado, lograba eludir la zona de peligro.

Batido de izquierda a derecha por los tiros, entre los gritos de pánico y dolor de los pasajeros, el chofer del ómnibus aceleró la marcha hasta llegar a Prado. Allí se desplomó sobre el timón sin conocimiento. Una granada le había destrozado las piernas. El conductor, milagrosamente ileso, tomó el volante para conducir los heridos hasta la casa de socorro de San Lázaro.

Los atacantes, entretanto, se habían adueñado del vestíbulo. El sargento Ríos intentó detenerlos, parapetado tras una columna. Al cambiar de posición quedó en descubierta y cayó muerto. Así, la vanguardia rebelde ganó las escaleras de mármol que llevaban al segundo piso. Otros permanecieron en la planta baja en una acción protectora, enfrentando la acción de la guarnición. Superado el momento inicial de sorpresa y confusión los miembros de las fuerzas armadas, surgían de todas partes para rechazar el asalto.

La muerte empezó a clarear las filas del comando revolucionario. Desde el Palacio de Bellas Artes, atravesando el parque Zayas, otro grupo corrió a reforzar el ataque. A mitad del camino, una ametralladora 50 funcionó en la azotea palatina. Las trazadoras, como una línea de chispas, marcaban la dirección de los proyectiles diezmando a los rebeldes.

Para entonces, la zozobra se extendía ya por toda la ciudad. Los edificios, como una enorme caja de resonancia, amplificaban los ecos del combate. De otra parte, había tenido lugar la operación coordinada de Radio Reloj y parejamente al estruendo de la lucha se oía reabía la calle toda clase de rumores.

Los insurgentes quedaron divididos en tres segmentos. Un grupo de ellos, no más de quince, se abrió paso hasta el segundo piso. Otro se mantuvo en el vestíbulo y en el patio, aferrado a sus posiciones. El tercero, frustrado en el propósito de atravesar la cortina de fuego que descendía desde las azoteas y ventanas de la mansión ejecutiva, se replegó hacia las zonas alejadas, atrincherándose en los contornos. A poco tenían que resistir las primeras incursiones de las perseguidoras que, rápidamente, convergían hacia la zona beligerante.

El operador Parker tuvo tiempo de cerrar la puerta del departamento de radiotelefonía, asegurando las comunicaciones con el exterior. A salvo tan importante departamento, la guarnición estableció contacto con la Jefatura de la Marina de Guerra y con la Ciudad Millar.

—Están atacando Palacio, era... el urgente requerimiento; manden refuerzos...

Arriba continuaba la desesperada batalla. La mayoría de los insurgentes fueron abatidos en la propia escalera. Unos pocos penetraron en el despacho de Andrés Domingo, que ya se encontraba en el tercer piso, hasta donde le acompañó uno de los ujieres. En el recinto cerrado se multiplicaba la balacera y los cristales saltaban hechos añicos.

Los revolucionarios, al parecer, extraviados en las múltiples dependencias palaciegas, corrían de un sitio a otro tratando de localizar el despacho de Batista. Uno de los viejos empleados de la casa presidencial, refugiado tras una mesa, se vio frente al cañón de una ametralladora.

—Pronto, ¿dónde está Batista? El aterrorizado burócrata balbuceó unas palabras confusas. Su captor, joven, trigüeño, de gesto duro, iba a insistir en la pregunta cuando uno de sus compañeros le gritó desde el pasillo.

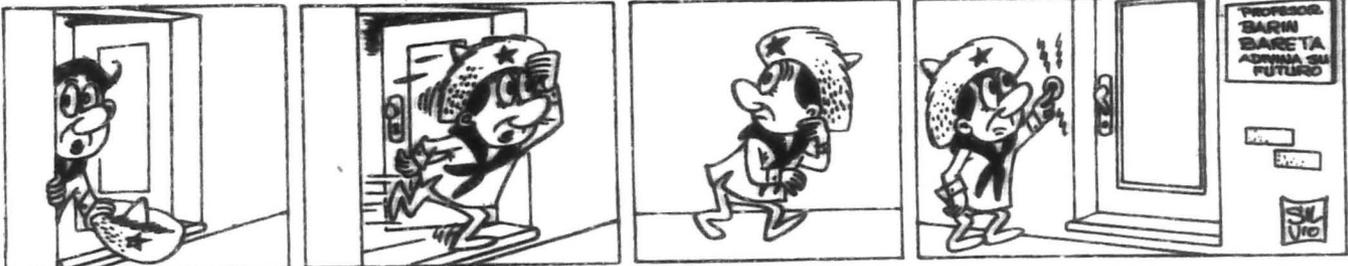
—¡Vamos! ¡Por qué!

Salió al corredor y desde el tercer piso partió un huracán de balas. Los dos se desplomaron muertos. Otros llegaron hasta las puertas del despacho del General-Presidente. La despedazaron con una granada, pero cuando fueron a penetrar, un militar, el sargento Ramos, los rechazó con una ráfaga de ametralladora. Lanzaron más granadas, que, bien por defectos de fabricación o por inexperiencecia en su manejo, no estallaron. Luego se comprobó que casi ninguna hizo explosión.

El combate, en el segundo piso, quedó circunscrito a la persecución de los últimos rebeldes. Desde la otra planta, el comandante Alfredo Rams dirigió el contrataque. Abajo, en el patio, una media docena de revolucionarios, sin salvación posible, retrocedió hasta la calle Colón, atrincherándose tras el camión utilizado en el asalto. Dentro de la residencia ejecutiva, un auto Chevrolet quedaba destruido por los explosivos.

Hubo unos minutos de confusión cuando arribaron los primeros des-

EL REYECITO CRIOLLO, por SILVIO



tamientos de marinos. Inicialmente dispararon contra el Palacio entendiendo que éste había caído en poder de los revolucionarios. Al despejarse el equívoco, se espacieron por los portales, tomando como blanco a Bellas Artes —escenario de la cultura nacional— ahora transformado en uno de los centros de la implacable guerra civil. Hacía menos de diez minutos que había comenzado el ataque.

A Columbia, con un informe general de la situación, llegó la petición de auxilio.

—¡Se está peleando dentro del propio Palacio! —expresó el comandante Varas—. Desde las azoteas y edificios colindantes están tirando!

El Jefe del Ejército anunció que, inmediatamente, partiría una columna blindada y ofreció el envío de un avión de bombardeo.

El ayudante presidencial apresuró una objeción:

—No, la guarnición está dentro y la presencia de un avión militar puede dar lugar a confusiones.

Se desistió del apoyo aéreo inmediato, pero el Estado Mayor dispuso que la FAE estuviera lista para efectuar vuelos de ametrallamiento, a poca altura, sobre las posiciones de los francotiradores insurgentes en los alrededores de la residencia palatina.

Algunos altos oficiales llegaron al Palacio desde los primeros instantes. El coronel Fernández Miranda penetró por la puerta del garaje que da a la calle Monserrate. El jefe del DI, Orlando Piedra, lo hizo con varios de sus hombres, en traje civil, a los que ordenó se les entregaran cascos y guerreras de la policía para que no fueran confundidos. Amadeo López Castro y el canceller Güell se acercaron también a la zona de las hostilidades. En la imposibilidad de atravesar aquel campo descubierto cruzado de tiros en todas direcciones, optaron por permanecer en el Ministerio de Estado.

El estallido revolucionario, con su epicentro en Refugio número 1 y la acción colateral de Radio Reloj, amplió sus ramificaciones esporádicas a otras porciones de la capital. En el transcurso de la primera media hora de pelea se reportaron tiroteos y encuentros en los alrededores del Hospital de la Policía Nacional, en los contornos de la Universidad, en varios sitios de La Habana vieja, y en las calles de Reina, Salud, Rayo y Lealtad. Automóviles ocupados por insurgentes cambiaban disparos con las perseguidoras y desde las azoteas se hostilizaba a la fuerza pública.

La columna de auxilio procedente de Columbia venció rápidamente el trayecto desde el campamento hasta el teatro de la lucha. El pavimento de 23 y el Malecón trpidó al paso de las cremalleras de los tanques. Jeeps, carros blindados y camiones atestados de soldados rodaban rumbo al área polémica. En sentido inverso, y en número creciente, se dirigían hacia el Hospital Militar las ambulancias conduciendo heridos.

Entre las 3:45 y las cuatro de la tarde, sucumbió el último de los revolucionarios acorralado en el segundo piso. Fue en este lugar donde perecieron Gutiérrez Menayo, Gómez Wangüemert, Evelio Prieto, José Briñas y otros. La batalla se desplazó hacia el exterior. Uno de los tanques cubrió la puerta de la calle Colón para prevenir cualquier intento de repetir el asalto. Los otros ocuparon distintas posiciones localizando los focos rebeldes. La infantería se movió caute-

losamente por los portales, vigilando las ventanas y azoteas.

Los tiros de los insurgentes resultaban ineficaces contra las corazas metálicas de los vehículos blindados. Los revolucionarios, entonces, tomaron como blanco a varios autos policiales que entraban por la calle Chacón. En uno de ellos viajaba el coronel Carratalá y el capitán Puig. Este último, al bajar de la máquina, se desplomó mortalmente herido.

Al ceder el asedio, la familia de Batista abandonó la ensangrentada mansión trasladándose a Columbia. FB, reintegrado a su despacho, conferencia con los altos oficiales disponiendo las medidas encaminadas a sofocar el levantamiento. Se le brindó un informe sintético de la situación en el resto de la capital.

La presencia de los tanques del Regimiento 10 de Marzo, con su artillería y sus ametralladoras pesadas, aumentó el estruendo de la lucha. Disparaban contra el Palacio de Bellas Artes, contra los pisos superiores del Hotel Sevilla, contra el edificio de la ONDI y otros reductos de los revolucionarios. Algunos grupos rebeldes, convencidos de la inutilidad de la resistencia se filtraron por entre las líneas gubernamentales.

Las granadas salpicaron la fachada del Sevilla. Pequeñas columnas de humo blanco y el desprendimiento de fragmentos de pared

iban señalando el lugar de los impactos. El peligro, hasta entonces limitado al exterior, penetraba en el refugio de los hoteles y en las casas. Eran más de las 4:30 pasado meridiano.

Para los centenares de turistas americanos súbitamente encerrados en el círculo de plomo, los acontecimientos significarían una experiencia inolvidable. Junto a La Corona, en un auto, permanecieron por más de una hora dos ancianas excursionistas inválida una y sordomuda la otra. Algunos, en el interior de la industria cigarrera, se tendieron en el suelo mientras las balas penetraban a través de las ventanas.

Para Peter Korenda y Patrik Fiore, huéspedes del hotel Parkview, veteranos de la contienda mundial, el silbido de los proyectiles no representaba un elemento capaz de impresionarlos. Desde una ventana de su habitación fueron espectadores de los capítulos iniciales del combate y presenciaron el arribo de los tanques.

—Vi a uno de los carros blindados —narró más tarde Fiore— encañonar su ametralladora directamente contra nuestro cuarto en el quinto piso y empezar a disparar.

La descarga —más de 200 tiros— despejó la ventana. Korenda murió instantáneamente y su compañero resultó herido. El episodio, uno mas en el turbulento cuadro de las complicaciones internacionales

derivadas de la guerra civil, engendraba una investigación ordenada por el Departamento de Estado de la república del Norte. Según las acusaciones de Fiori y otros compatriotas, la policía los conminó para que ratificaran la versión oficial, en el sentido de que Korenda había sido víctima de una bala perdida.

La lucha, junto a algunas crudas escenas de odio y venganza, ofreció otras de honda calidad humana. En más de una ocasión ambos beligerantes suspendieron el fuego para dejar pasar a transeúntes que enarbolaban, a manera de banderas, pañuelos blancos, y a mujeres y niños que corrían asustados. La Cruz Roja, en abnegación ejemplar, situó sus equipos y sus hombres en la zona de mayor riesgo, recogiendo y transportando heridos. Una de las ambulancias, como un símbolo trágico, exhibía en el guardafango su bandera emblemática teñida de sangre.

A partir de las 4:40 empezó a declinar el fragor de la batalla. Los últimos insurgentes se hicieron matar en el edificio de Bellas Artes. Allí fue encontrado el cadáver de Menelao Mora, empuñando una granada que no tuvo ocasión de lanzar.

Con el cese del tiroteo empezó la afluencia hacia el Palacio de los jerarcas políticos —ministros y legisladores— del régimen marxista, afanosos de expresar su adhesión a Batista. Muy pocos de ellos habían tenido ocasión de contemplar de cerca, en todo su horror, el perfil siniestro de la contienda fratricida que azotaba al país.

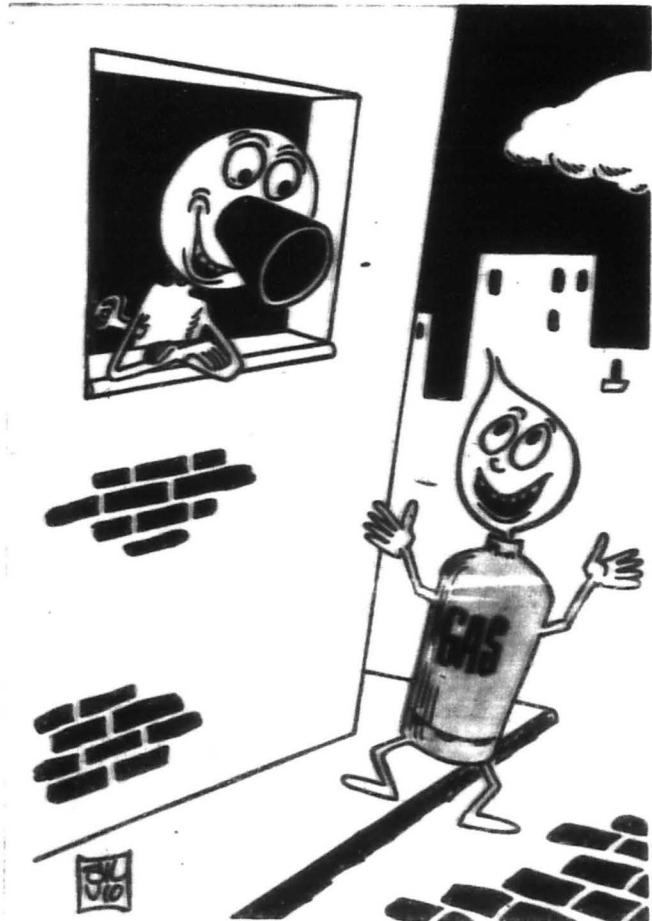
Ahora no se trataba de algo distante como Sierra Maestra o Santiago de Cuba, sino de una conmoción, a pleno día, en la capital de la nación y en el propio corazón de su vida política y administrativa. El mejor testigo de la cruenta jornada era la sangre en las paredes, en los pisos, en las cortinas y en las alfombras. Aún no habían sido retirados los escombros y por doquier se advertían fragmentos de cristal, muebles volcados, puertas deshechas, casquillos, balas y armas regadas por los pisos.

Rodeado de la tropa, en un clima de tenso dramatismo, Batista improvisó una arenga:

—El caso de hoy, afirmó doloroso, sangriento, porque así ha de responderse a la agresión provocada de quienes siempre atacan a traición, no nos sorprendió. La noche de ayer fue una noche dedicada al trabajo y a la prevención, pero no quisimos nunca que nuestras certezas en los planes atentatorios a la paz pública y a la estabilidad de la nación repercutieran en la ciudadanía.

En la madrugada de hoy, habiendo con el Jefe de la Policía y con el Jefe del Ejército, luego con los jefes de los departamentos de investigaciones, se pensó en prevenir a La Habana; pero como el ataque no era a la ciudad, sino a Palacio, nosotros tomamos nuestras medidas hasta donde pueden ser tomadas.

El párrafo traslucía que el gobierno sabía del proyectado golpe revolucionario Empero, el desarrollo de los acontecimientos evidenciaba que las pesquisas de los cuerpos represivos, aún conociendo las intenciones de los insurgentes, no llegaron a establecer día, hora, o circunstancias del asalto. Así se explicaba la sorpresa a la guarnición, con los custodios de la puerta que daba a Colón barridos por el ataque, y contingentes suicidas de in-



VISITANTE CURIOSO.

por SILVIO

—¿Por dónde se sube...?

vasores alcanzando el segundo piso.

Los cadáveres de los rebeldes que perecieron en el interior del Palacio fueron llevados al necrocomio. Un carro del departamento de bomberos, con su equipo de mangueras, se hizo cargo de hornar las huellas de la lucha. El agua corrió libremente por las salas y pasillos arrastrando los manchones de sangre. Las armas fueron recogidas y clasificadas con vista a las diligencias posteriores.

El balance se fijó originalmente en unos treinta muertos y alrededor de cincuenta heridos. Después, en el curso de la noche y los días

Las autoridades pusieron trabas mas fue aumentando. En la estela del combate, como un colofón siniestro, las "muertes misteriosas" asomaron para escribir su página macabra de saga y plomo. Aparecieron los cadáveres balaceados y los ahorcados pendiendo de los árboles. Pelayo Cuervo el primero y luego otro en el Lucero, y otro, y otro más.

Las autoridades pusieron trabas en el necrocomio, entorpeciendo la identificación de los caídos. Padres y hermanos ansiosos, con la sospecha atroz de que alguno de los suyos podía estar en la dolorosa exposición, se agolpaban en las aceras, por Zapata, atisbando a través de las ventanas, a caza de un indicio. Los técnicos del Gabinete Nacional de Identificación, por su parte, trabajaban activamente.

En el curso del jueves 14 y viernes 15 se completó la lista. Lo primero que se destacaba era el hecho, ya sintomático de los renovados estallidos revolucionarios, que en el panorama de los muertos no se prodigaban los nombres de resonancia pública. La operación contra el Palacio Presidencial se había nutrido en la legión anónima del pueblo, lejos de las pantallas publicitarias. El líder de la FEU, José Antonio Echavarría, y el ex representante Menelao Mora constituyen las excepciones.

Algunos, sin embargo, no eran totalmente desconocidos para los cuerpos de represión política del régimen. A lo largo de cinco años de brega revolucionaria sumaban miles las fichas en los archivos del DI y del SIM. Era difícil que existieran opositoristas militantes que en alguna ocasión no hubieran dejado su huella en los establecimientos policiales. "El Crisol", en su edición del viernes 15, reportó las siguientes bajas militares: cabo del Ejército, Carlos M. Hernández; cabo de la Policía, José M. Rodríguez Lugo; sargento del Ejército, Emilio de los Ríos; soldado Mario Verdeza; capitán de la Policía, José Ramón Puig, y uno sin identificar en el Necrocomio. Civiles: José A. Echavarría, José Hernández León, Eduardo Domínguez, Astorio Enio Mesa, Angel González González, Adolfo Delgado, Menelao Mora, Carlos Gutiérrez, el turista Peter Korenda, Manuel Bonada, Pedro Téllez, José Brifas, José Castellanos, Pedro Nolasco, Reinaldo de León, Mario Cañizares, Abelardo Rodríguez, Ormaní Arenado, Juan Almeida, José L. Gómez Wangüemert, Gerardo H. Medina, Waldo Díaz Fuentes, Eduardo Panizo, Carlos Pérez Domínguez, Norberto Hernández, Angel Salvador González, Salvador Alfaro, Pedro Esperón Alvarez, y Mario Falber, policía universitario. Hallados muertos: Pelayo Cuervo Navarro, Salvador Sánchez Céspedes y un joven desconocido encontrado en el Lucero, posteriormente identificado como el estudiante Cipriano Pacheco.

El renglón de los heridos se integraba, casi totalmente, por los miembros de la guarnición palatina y los refuerzos del Regimiento 10 de Marzo, la Marina y la Policía que acudieron en auxilio del baluarte amenazado. La otra fracción estaba constituida por los pasajeros del ómnibus de la ruta 14 y varios transeúntes accidentalmente alcanzados por las balas.

De los rebeldes no se supo de ningún prisionero capturado vivo en el momento de la acción. Ni uno solo de los que penetró en la mansión presidencial salvó la existencia.

El viernes 15, fueron sepultadas las últimas víctimas del sangriento capítulo de la antevíspera. Eran seis y todas correspondían a la provincia vultabajera. En la capital pinereña, y bajo un fuerte aguacero, se efectuó el sepelio de los jóvenes estudiantes Gerardo Medina, José Hernández y Ormaní Arenado. El pueblo siguió los tóretros, cantando el Himno Nacional. No se registraron incidentes.

En Guanajay tuvieron lugar otros tres entierros, uno a las tres de la tarde, otro a las cuatro y el posterior a las cinco. Se trataba de Evelio Prieto Guillaume; Eduardo Panizo Busto y Pedro Esperón Alvarez. El Liceo de Guanajay y otras instituciones colgaron —sin oposición— crepones de luto. En la funeraria, una escena desgarradora reflejó la intensidad de la tragedia cubana. Abrasado al ataúd de Esperón, un militar dejaba correr las lágrimas. El muerto era su hermano. Otra estampa de la guerra civil.

A fines de la semana anterior, el gerente de la Prensa Asociada en La Habana, Arroyo Maldonado, pretendió poner etiqueta partidista al intento revolucionario. Apartadamente tomó como patrón viejas filiaciones gastadas por el tiempo y modificadas por los acontecimientos. El criterio general era

que el único núcleo que participó oficialmente en la acción del miércoles 13 fue el Directorio Revolucionario, capitaneado por Echavarría y otros dirigentes de la FEU.

Era comentario público en los círculos de la oposición que después de los sucesivos fracasos de la insurrección con asiento en la Casa Reposada, Menelao Mora venía actuando independientemente del ex presidente Prio Socarrás. La circunstancia de que CPSR, en sus declaraciones para la prensa no hubiera producido una sola frase de tributo para Menelao revelaba el desacuerdo.

Ciertamente, los insurrectos del Día del Arquitecto no formaban en un equipo homogéneo, sino que procedían de diversos sectores asociados por el común denominador de su aversión al marxismo. Aunque algunos estudiantes murieron combatiendo en el segundo piso de la residencia ejecutiva y en el parque Zayas, se infiere que la intervención de los muchachos de la colina había sido planificada para los alrededores del Alma Mater. La caída de Echavarría en un choque accidental frustró esta parte de la acción.

La desesperada empresa, de factura irremediablemente suicida, copió la técnica de los comandos durante la segunda guerra mundial. La campaña de Africa aportaba un antecedente. En 1914, un comando inglés al mando del mayor Keyes atacó por sorpresa el cuartel general de Rommel en la Cirenaica para dar muerte al famoso mariscal alemán. El jefe nazi estaba ausente y el temerario intento se tradujo en un sacrificio inútil. De acuerdo con las versiones captadas por los reporteros de EN CUBA, el ex combatiente de la guerra civil española, Carlos Gutiérrez Menayo, estuvo al mando de los atacantes y Menelao Mora dirigió las operaciones de protección y cobertura desde el exterior.

Al cruzar de los días, afloraron las más variadas versiones en relación con la página sangrienta del miércoles 13. Batista, en sucesivas declaraciones, asió sus experiencias del día trágico. Otro tanto hizo el coronel Fernández Miranda. La prensa norteña reprodujo los testimonios de los turistas, involuntarios testigos del brote revolucionario.

Pero acaso uno de los relatos más vívidos fue el del obrero de la COA, Alberto Triana Jiménez, conductor del ómnibus número 1735, de la ruta 14, blanco de las ametralladoras del Palacio y de las granadas insurgentes. El reportero Fernando Carr le entrevistó para Radio Progreso.

Triana, atento a su trabajo, no percibió la presencia del camión rojo Fast Delivery. Lo único que vio fue a los rebeldes, ametralladoras en mano, penetrando en la mansión ejecutiva por la puerta de Colón, mientras surgía el tiroteo.

—Una cosa horrible, bárbara, comentó ATJ, evocando aquellos minutos de pesadilla.

La rociada de proyectiles acribilló al ómnibus y sobre el estrecho pasillo se extendió un amasijo de cuerpos ensangrentados, heridos y muertos. Triana había grabado la imagen de un pasajero, un asiático, con un balazo en la cabeza. Afuera, una voz, posiblemente de uno de los atacantes gritaba conminatoria: "¡Guaguero, dale!" Pero el chofer, tocado por los fragmentos de una granada, nada podía hacer.

—Tuve que ir arrastrándome por encima de los viajeros. No se podía levantar uno porque la balacera era tremenda. Logré llegar al timón que cogí con la mano derecha y con la otra apreté el acelerador. Así acostado en el suelo, sin mirar, llegué hasta la calle Prado, donde me levanté y me senté al timón.

Pensó primero en dirigirse al Hospital de Emergencias, pero enseguida notó que el carro no le correspondía. Los tiros habían dañado el cambio automático, y el tanque de la gasolina estaba agujereado. Optó por dirigirse a la casa de socorros de San Lázaro. Luego quiso continuar hacia el centro hospitalario de Carlos III para conducir a su compañero José López Camino, pero un vigilante no lo permitió.

—No puede ser, le dijo, en esa guagua hay cadáveres...

El ómnibus de la ruta 14 apenas si estuvo estacionado dos minutos frente a la mansión presidencial. En ese tiempo, recibió 136 perforaciones que lo transformaron en una criba. La imprudencia de un sargento del Ejército que viajaba en el último asiento estuvo a punto de acrecentar la magnitud de la catástrofe. Al sentirse herido sacó la pistola y quiso disparar hacia afuera, sin saber a ciencia cierta contra quién.

—Tuve que agarrarle la muñeca, explicó Triana. Figúrese, si llega a salir un tiro de la guagua nos acribillan...

En la zona insurgente, si hubo sobrevivientes, ninguno emergió de su escondite para exhibir la otra cara de la trágica moneda. A lo más que llegaron las pesquisas de los reporteros de esta Sección fue a establecer fragmentariamente algunos rasgos biográficos de los principales líderes del levantamiento, en su mayoría militantes del Directorio Revolucionario o combatientes que actuaban por su cuenta, sin vínculos con otras organizaciones conocidas.

Menelao Mora era el más desta-



"MILLO' OCHOA VUELVE AL EXILIO

Minutos antes de partir hacia Miami, un reportero gráfico de BOHEMIA captó la silueta del encadenado jefe ortodoxo "Millo" Ochoa. Iniciaba así su segundo exilio en la ciudad floridana. "Su viaje es consecuencia de su convicción de que es inútil el esfuerzo que realiza por encontrar una salida pacífica y democrática a la crisis nacional", declararon sus compañeros de la Comisión Ejecutiva que rige los destinos del PPC que acudilla el político bolguinero. Apenas habían transcurrido varios meses desde que el ex legislador abandonara la línea insurreccional y retornara sorpresivamente a la Isla para luchar por una fórmula capaz de restituir la normalidad institucional al país.

(Foto Delio Valdés)



ULTIMO MINUTO.

TRAGICO ACCIDENTE DE AVIACION

En la mañana del martes 18, un B-26 de la Aviación Militar que realizaba vuelos de entrenamiento, formando parte de una comadilla de 18 aparatos, cayó en barrena y fue a estrellarse contra el suelo en terrenos de la finca "Carachita", en el County Club. Estas fotos de las imágenes recibidas del avión muestran las catástrofes realizadas por el equipo de salvamento para apagar las llamas. En el desgraciado accidente estropearon la muerte los tenientes Bernal Rodríguez Saratillas y Carlos Gómez Acevedo, que pilotaban el avión.



cado de cuantos intervinieron en el ataque al Palacio. MRM pertenecía a la promoción del año 30 señalándose por su lucha contra Machado desde los cuartos—de acción directo—del ABC, guardiando prisión por ello, en Isla de Pinos. Tras el fracaso de la huelga de marzo del 35, Menéndez se ausentó de los primeros planes de la vida pública para dedicarse a las empresas de transporte de viajeros, en la ruta 35 de Artemisa a La Habana.

Con posterioridad, pasó a ser presidente de la COA. En el año 42, resultó electo representando a la Cámara por el Partido Demócrata y luego de la "jornada gloriosa" ingresó en el autogobierno. Los constantes problemas de los demócratas hicieron de Mora una figura polémica, servido en la agitación creada por el aumento del pasaje. Más tarde, desde su encierro en la Cámara, denunció el escandaloso affaire de los Autobuses Modernos, manifestándose con Carlos Prío.

A partir del golpe de la noche 4, MRM se abiseló, sin volverse, en la línea insurreccional, sustituyendo a Aureliano Sánchez Arango como jefe del movimiento clandestino promovido por el ex Presidente de la Cordillera. A raíz de la amnistía reapareció a la luz pública como presidente del Bloque

provincial del PRC. Tras un breve paréntesis, retornó a las actividades revolucionarias, sujeto a las acusaciones y a la persecución del régimen.

No hacía mucho, el ex legislador habanero fue protagonista de una fuga espectacular tras haber sido sorprendido y arrestado por los tripulantes de una persecución. Ya era notorio su distanciamiento del exiliado del Vendome y se le situaba, al frente de su grupo, como prometido con otro sector, que resultó ser la falange universitaria de José Antonio Echavarría.

Carlos Gutiérrez Menoyo continúa la tradición y tres años y era hijo de sus hechos. Su padre fue coronel de la Sección Militar del Ejército republicano español. Al iniciarse la guerra civil en la Península, la familia lo envió a Francia. A los dieciséis años se incorporó a los maquis y más tarde, a través de su país, se trasladó a África uniéndose a la división del general Leclerc, que luchaba contra Rommel en el desierto de Libia.

Al finalizar victoriosamente la campaña de Túnez, Gutiérrez Menoyo pasó a Inglaterra. En junio del 44, tras el día "D", estaba en Normandía con su división. Figuró entre las tropas que intervinieron en la liberación de París. En las navidades luchaba en el bolsón de las Ardenas, adscri-

to al III Ejército de Patton. Acabó la guerra con el grado de subteniente. CGM arribó a Cuba a tiempo para enrolarse en la expedición de Cayo Confites a las orillas del ex comandante Martín Labrandero, muerto al intentar fugarse del Castillo del Príncipe. Gutiérrez Menoyo perteneció a la Policía Secreta en época de Prío. El miércoles 13, actuó como jefe de los ascensos del Palacio Presidencial.

Otro de los insurgentes que se ganó todas las versiones, cayó en el segundo piso, lo era José Brifóns, que estuvo ligado al desaparecido Rubén Aldama. Abalarado Rodríguez Mederos se había dirigido estrepitosamente de la cárcel habanera fue comandante de la Policía Municipal de Camagüey durante los gobiernos auténticos.

En la noche del propio miércoles, el jefe de la Policía, brigadier Hernando Hernández, sufrió un comedido recomendando a la ciudadanía que se recogiera temprano en sus hogares. No era necesario. Una plomiza sensación de espanto y de tristeza sobrevolaba a la ciudad estremecida. Los espectadores públicos apagaron sus luces y las calles quedaron solitarias.

Sobre La Habana había soplado un huracán de sangre.

RADIO RELOJ

Frash en la tarde

EN el edificio de Radiocentro. En la acera, por la calle M, los usuales grupos de muchachitas a causa de autógrafos. Junto a ellas, una bandada de adolescentes, con anchos pecheros y medias copiosas estilo "Presley". Por la escalera de entrada a los estudios, el elevador y los pasillos, discurren artistas, técnicos y público. En la cafetería las animadas tertulias comentando

las últimas noticias de la farándula. A las 3:17 minutos, dos automovilistas se detuvieron frente a la entrada de CMQ. En su interior viajaba una docena de jóvenes. Uno de ellos descendió del primer vehículo y se situó en la acera, dirigiendo una mirada circular por los alrededores. De pronto se acalló el bullicio y hubo un movimiento mecánico de estupor y miedo. El mozo empujaba una ametralladora ligera.

Se le unieron otros. Uno, formado, somrosado, con un mechón de pelo negro cayéndole sobre la frente. Su cara, ampliamente difundida por la prensa y los noticieros filmados, era demasiado conocida para que no pudiera identificarse. De otra parte, se hizo evidente que no trataba de ocultar su identidad.

—Es Echavarría, brotó el comentario. Es algo de los estudiantes... La acción empezó a desarrollarse con rapidez. Uno de los autos quedó atravesado en mitad de la calle, cerrando el tránsito por ambas vías. Los peones y curiosos, ante el despliegue de ametralladoras y pistolas se alejaron precurosamente. Echavarría impartió unas breves órdenes.

—¡Que nadie se mueva de sus puestos! ¡Aquel grupo, de espaldas a la pared, con las manos en alto!

Señaló a varios de sus acompañantes:

—Ustedes, quédense aquí vigilando en contacto con las máquinas. Ustedes suban conmigo.

El portero, Maximiliano Estévez, no ofreció resistencia y les franqueó la entrada. Apenas desapareció el pequeño comando insurgente se comunicó telefónicamente con el edificio para dar la alarma. José Antonio Echavarría, con dedo nervioso, oprimió el botón de control del elevador. Ajeno a lo que estaba sucediendo arribó el actor Ernesto de Gail.

—¡Usted, las manos a la cabeza

y de cara a la pared en aquel grupo. ¡Pronto!

Los radios de los autores, a todo volumen, permanecían en sintonía con el mediterráneo. El monótono tic-tac, servía de fondo a las informaciones y anuncios de rutina. Uno de los jóvenes no pudo contener una nerviosa exclamación:

—¿Qué pasa? Todavía no han empezado a hablar.

—Fen calma. No han subido aún. En ese instante, el elevador abrió su puerta en la planta baja, penetrando el presidente de la FEU y sus compañeros en la temeraria aventura. Cuando el ascensor llegó a su destino en el cuarto piso, la recepción armada, se agitó asustada.

—No se asuste, señora —quiso tranquilizarla JAE—, somos revolucionarios.

La acción parecía haber sido cuidadosamente proyectada. Uno de los estudiantes quedó en el vestibulo encostando al técnico del mesajer control. Los demás aguardaron por el pasillo de quince metros de largo por uno de ancho. El líder universitario fue el primero en penetrar en la redacción del noticiero.

—No se mueva nadie, advirtió: nada les va a pasar. Somos amigos.

Dos de los invasores ocuparon posiciones estratégicas en la redacción de CMQ. Otro, pistola en mano se posesionó de la de Radio Reloj. El quinto continuó hasta el despacho de Jorge C. Bourbats. El último —Behavarría— entró en la cabina de los locutores. Erán exactamente las 3:25. A dos kilómetros, ciudad entera, un camión rojo acababa de detenerse en la calle Colón, frente a la mansión ejecutiva.

Behavarría, sin pronunciar una sola palabra, encendió a los locutores Héctor de Soto y Floralba Chaimont. En la mano derecha, la pareteliana, con su negro hocico apuntaba a la cabeza de De Soto. Con la otra mano, siempre en silencio, coloco sobre la mesa un filete de carne. Se produjo un hecho en la transmisión, con su fondo monótonico de Wá-sar. JAE hizo retroqueque con el aviso de flash la señal telegráfica de la radiomisión. Luego sentó con el índice los textos, escritos a mano, con letras de imprenta, impecablemente dibujadas.

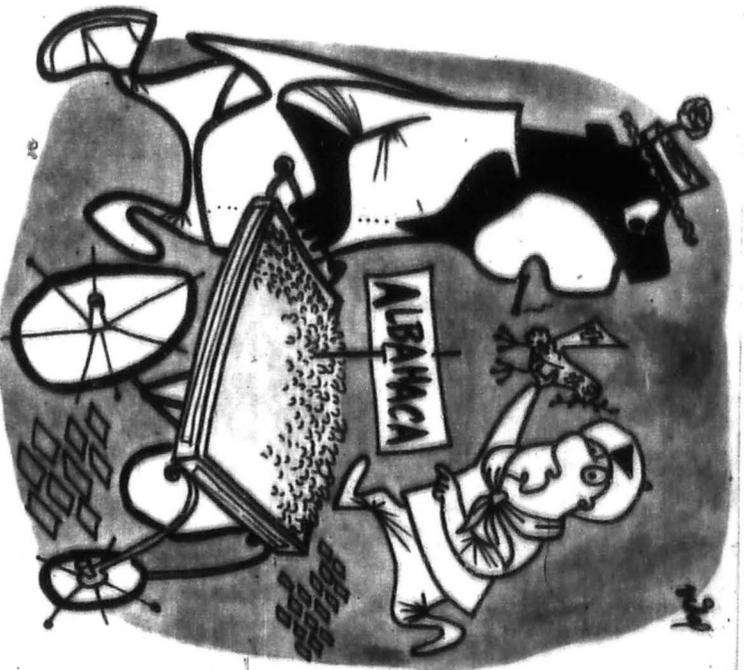
De Soto, con voz ahogada, obedeció la orden. El conmovido anuncio salió al aire.

—Radio Reloj reportando. Atacado el Palacio Presidencial. Un grupo de civiles no identificables ha asaltado, hace breves momentos, el Palacio Presidencial usando rifles y ametralladoras. Los atacantes, aprovechando la sorpresa causada, han logrado irrumpir en el interior del Palacio Presidencial, donde el presidente Batista se encuentra desamparado.

El timonel de la FEU se volvió hacia el otro locutor Chaimont para que intercambiara el comercial. Y de nuevo la primera señal telegráfica.

—Radio Reloj reportando. Muerto el presidente Batista. Un grupo de asaltantes al Palacio Presidencial ha logrado alcanzar el tercer piso, donde se encontraban resguardado Batista. Seguidamente se escuchó un nutrido tiro de escopeta y tres atacantes se han acercado al balcón del despacho gritando: Hemos matado a Batista.

La pausa y la hora: —Las 3:26 minutos. Y otra vez Héctor de Soto:



—MALA SUERTE.

—Verdadero cinco pesos, pero rápido.

por VIDAL.

Radio Reloj reportando. Destituido el general Tabernilla. Nuestro reportero en Colombia, Luis Felipe Bryon, nos informa que en la mañana de hoy se celebró una asamblea general en el cuartel Carrero y Parrado de Columbia, emitiéndose el siguiente comunicado: "Los oficiales y clases del Ejército, atendiendo la grave crisis por que atraviesa la nación, y velando por el cumplimiento de los fines de esta institución, hemos acordado destituir al general Tabernilla.

Ya para entonces toda la porción occidental de la Isla, hasta donde llegaban directamente las ondas de la emisora, estaba en sintonía con Radio Reloj. La capital, en dramática tensión, compartía su ansiedad entre las noticias que surgían de los radioreceptores y el tableteo de las ametralladoras en el escenario de la lucha. Los tiros le insuflaban contenido de veracidad a la impresionante sucesión de flashes.

Y más noticias. Arrestado Tabernilla. La guarnición del Morca de se había sumado al movimiento.

Radio Reloj da la hora. Las 3:30 minutos. Radiocentro compartía, en mayor grado que el resto de la ciudad, el estado de agitación que iba creciendo como una ola enorme. Bourbats, en su despacho, hizo un movimiento para levantarse.

—Esto no puede ser, había preocupado. El joven estudiante levantó el cañón de la ametralladora. A su mirada asomó una fría resolución. —¡No se mueva! ¡Quédese tranquilo o lo mato!

Los reporteros y radiadores con nervos en serminal. Desde el Palacio, por hilo directo, les llegaban los primeros avances del ataque a la sede del ejecutivo. Prácticamente, sin haberlo gestionado, las circunstancias los habían convertido en corresponsales de guerra, asistiendo, casi como protagonistas, a una de las fases de la espectacular operación insurgente.

El valor psicológico de la acción Radio Reloj completaba el audaz asalto a la residencia presidencial. Las noticias, como una obra de suspense, aspiraban a colocar a la ciudadanía en un estado de hipertensión. La abstracción final ensayaría provocar el estallido.

Atendiendo a la gravedad de los hechos registrados —anuncio el exaltado locutor Soto— va a dirigirse al pueblo de Cuba el presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, José Antonio Behavarría.

JAE, sin abandonar la ametralladora, se acercó al micrófono para iniciar la arenga. Empeño, el presidente de la FEU aló demostrando la voz, y un aparato automático, ultra sensible, —el rebré— instalado en la cabina, de control, desconectó la planta del aire. Solo se escuchó el primer párrafo.

—Pueblo de Cuba —exclamó con acento vehementemente—, ya el dictador Fulgencio Batista ha recibido su merecimiento. En su propia madriguera de Palacio ha encontrado su justo castigo.

El resto de la programación no salió al espacio. Su texto quedó abandonado sobre la mesa cuando los comandos estudiantiles desalojaron la emisora.

cientos de cubanos honrados y valientes. Ahora te toca participar a ti, pueblo! Lámate a la calle para respaldar con tu presencia el triunfo de la revolución. Obrero, abandona inmediatamente tu trabajo y secunda la huelga revolucionaria! Soldado, marino y policía, únete a la lucha junto a tus hermanos, que ya el enemigo como ha sido liquidado! Pueblo, apoya a la justa revolución civil militar!

Al quedar silenciado Behavarría, uno de sus compañeros, que escuchaba desde el despacho de Bourbats, se precipitó en la cabina: —¿Qué fuerza del aire —le notificó—, creo que debemos marchar.

JAE vació unos segundos, más decidido la retórica. Otra vez la planta ametralladora continuó a la pareja de locutores.

—¿Ustedes vienen con nosotros... y al personal de redacción.

—¡Que no se mueva nadie! Salieron al pasillo con Soto y Chaimont marchando delante, las manos en alto. Frente a la cabina del mesajer control hicieron señas a los otros rebeldes que vigilaban al operador Fernández. Un grueso cristal separaba la cabina del vestibulo. Behavarría apretó el botón del elevador. Alguien, al parecer indiferente a la ametralladora, le tocó en el hombro. Era Nicolás Bravo.

—Dígame, joven —preguntó—, es cierto eso que está dando Radio Reloj?

—Es verdad, contestó incoherente mente JAE.

En el último instante, uno de los jóvenes consideró peligroso que las plantas de Radiocentro continuaran en el aire, en condiciones de ofrecer rectificaciones.

—¡Hay que romper el control! propuso.

Y uniendo la acción a la palabra desencaró una ráfaga sobre el panel de cristal. Las balas hicieron blanco en los equipos amplificadores. Otras balas salpicaron la mesa rectangular de control. El operador, en una rápida zambullida, se arrojó al suelo para protegerse. El locutor De Soto aprovechó la confusión creada por la balacera para correr. En la escalera chocó con la actriz Violeta Jimenez que subía, atravesada con él. Ambos se resquebrajaron en el departamento del archivo musical, en el tercer piso.

El periodista "Paco" Tobazo abandonaba en esos momentos su oficina en el edificio de los Maestre. Su secretaria, "Carmelita", lo destina. Erán las 3:42 minutos. El líder de la FEU y sus acompañantes galardonaban con el motor en marcha, y en la acera, montando guardia, con las armas en la mano, permanecía el resto de los rebeldes cuidando la retirada del grupo de Behavarría. Surgió un fugaz tiro y un caballo de la policía, de la sección de tránsito, resultó herido.

El auto en que iba JAE fue el primero en partir: tomó por la calle la Jorjellar, donde torció a la derecha rumbo a la Universidad. En esta esquina y L chocaron con una peregrinadora, que venía en dirección contraria. El encuentro, según la versión más generalizada, resultó accidental. El chofer del vehículo de los estudiantes hizo la retregua, disparando a través del parabrisas contra los tripulantes del carro policial.

Echavarría, que ocupaba el asiento delantero y a la derecha, fue el primero en lanzarse al suelo, haciendo fuego contra los agentes, que ripostaban a su vez. Mientras trababa, avanzó hacia el peatón.

A unos dos metros se derrumbó herido, pero se levantó de nuevo arrojando la pistola y extrayendo un revólver de la cintura. Una rodada de la ametralladora le alcanzó en el rostro y el tórax. El joven alumno de Arquitectura cayó sobre el lado derecho. Una extensa mancha de sangre se fue ensanchando bajo su cuerpo. La perseguidora dio marcha atrás y salió a L.

Contrariamente a lo que se suponía, no hubo inmediata irrupción de los cuerpos represivos en CMQ. Por el momento, la batalla del Palacio demandaba todos sus esfuerzos. La vida, en el turbulento predio radial, paralizado durante diez minutos gravidos de tensión, se reanudó en forma explosiva. En la calle, las chicas de los autógrafos y los mosalbetes del rock and roll se dieron a recoger casquillos. Otros verificaron sus impresiones a propósito de la identidad de los acompañantes de Echavarría.

Goar Mestre llegó alarmado. Todos quisieron explicarle al mismo tiempo.

—Bueno, preguntó el magnate radial, ¿hubo algún herido?

Y ante la respuesta negativa:

—Entonces, menos mal...

El propio Bourbakis redactó la primera información de Radio Reloj sobre el suceso. Junto con una breve exposición de la ocupación de Radiocentro por parte de los revolucionarios, dieron la noticia de la muerte de Echavarría. Seguidamente se aprestaron a ir reportando, minuto a minuto, el curso de la batalla por la mansión ejecutiva.

Una imperativa llamada telefónica de Ramón Vasconcelos cortó los ímpetus noticiosos. El director de Radio Reloj ensayó una defensa de la libertad de información:

—Ministro, como no teníamos ninguna orden en contrario, brindamos las noticias a nuestros oyentes.

—Está bien, accedió el titular de Comunicaciones, pero a partir de ahora aténganse a los partes del Ejército...

Bourbakis recibió un inesperado apoyo. Luis Navarro irrumpió en su despacho con el original de la información propalada.

—Ahí está el comandante Polcarpo Chaviano —le dijo—, nos autoriza para seguir dando la noticia, pero primero hay que ofrecer unas declaraciones de Tabernilla donde asegura que Batista y su familia se encuentran bien.

JCB trasladó a Vasconcelos el criterio favorable del oficial y el director de "Alerta" pidió que Chaviano se pusiera al otro extremo del hilo. PCh, en uniforme, los espejuelos de grueso aro negro sujetos a la cabeza por un elástico, la gorra bajo el brazo, entró en el despacho de Bourbakis, flanqueado por un soldado que portaba una ametralladora. Los seguían Goar Mestre, Nicolás Bravo y el abogado Bengochea. El comandante tomó el teléfono.

—Ordene, ministro...

Una mitad del diálogo: —Yo dije que podían darla, pero, desde luego, no conocía su criterio. Bien, ministro, entonces solamente la nota del estado mayor.

Colgó el aparato y se volvió hacia GM:

—Exclusivamente lo que yo traje. El ministro llamará más tarde...

La operación Radio Reloj costó una baja a los insurgentes del Directorio Revolucionario. Sólo que se trataba de José Antonio Echavarría, cuya pérdida anulaba cuantas ventajas hubieran podido derivarse de la fugaz ocupación de los mi-

crónos de la radioemisora. Como consecuencia inmediata, la concentración en la colina del Alma Máter no llegó a cristalizar.

El presidente de los Estudiantes de Arquitectura representaba, indudablemente, el exponente más vigoroso que había surgido de las aulas universitarias a partir de 1930 y su gestión llenaba los últimos tres años en la historia de la FEU. Por encima de otras calidades, JAE se había ganado el respeto de la opinión pública por su coraje. Jamás hurtó el cuerpo al peligro y en cada acto estudiantil, bajo los palos y entre las balas, marchó el primero.

En más de una oportunidad le recogieron herido en la zona polémica de Infanta y San Lázaro. A veces, las acusaciones policiales le forzaron a sumergirse en la clandestinidad. Pero siempre, en la tribuna, con la palabra, y en la calle, con el ejemplo, mantuvo su posición de vertical oposición al régimen. Bajo su liderazgo, la causa del estudiantado cubano travesó las fronteras nacionales, arrancando acuerdos solidarios en los congresos de Santiago de Chile y Ceylan, en los que participó Echavarría.

En el camino de regreso a Cuba, el timonel de la FEU hizo escala en Ciudad México, donde suscribió el famoso pacto insurreccional con el Movimiento 26 de julio, que lidera Fidel Castro.

Al decir de sus compañeros de lucha, JAE parecía actuar bajo la convicción fatalista de que su destino no podía ser otro que la muerte a breve plazo. Se recordaba que en ocasión del sepelio de su hermano Alfredo, víctima de un accidente, se abrazó al féretro.

—Hasta luego, Alfredo —se le oyo expresar—, muy pronto estaremos juntos otra vez.

Murió a los veinticuatro años. Era el Día del Arquitecto.

CRIMEN

Pelayo Cuervo Navarro

El histórico miércoles 13, cerca del mediodía, un hombre de elevada estatura y severo atuendo, con espejuelos de armadura negra, se apeó de su auto cerca de Amargura y Oficinas. Era Pelayo Cuervo, atento, como siempre, a sus responsabilidades como profesional y dirigente político. En aquel día, que sería el postrero de su vida, permanecía en la trincheira del deber.

Con su compostura habitual —firme y sereno— ascendió las escaleras del edificio de dicha esquina, donde radicaba su bufete y las oficinas nacionales del Partido del Pueblo Cubano. La que fuera fiel secretaria de "Eddy" Chibás y ahora lo era de él, "Conchita" Fernández, le dio cuenta de la tarea realizada y departió seguidamente con él sobre asuntos de menor trascendencia. Dentro de la situación anómala que atravesaba la nación, aquella parecía ser una jornada relativamente sosegada, por lo menos en la capital.

Poco después llegaron a las oficinas los líderes obreros Isidro Figueroa y Ramón Guirrola, quienes cambiaron impresiones con PC sobre el manifiesto del partido, ya redactado, que denunciaba como una maniobra antiproletaria del régimen el decreto que facultaba al titular de Trabajo para regular los

ingresos de personal en las empresas de servicios públicos, bajo pretexto del comunismo.

A las 12:30 p.m., "Conchita" Fernández se retiró a almorzar. Aunado por Rolando Guerra, su secretario particular el ex senador ortodoxo permaneció por algún tiempo en su bufete, despachando distintos asuntos. Y a las 2:15, como era su costumbre, tomó el rumbo del hogar.

Al atravesar en su automóvil las calles habaneras, en esa hora de recogimiento, nada extraordinario despertó su atención. La capital, bajo el tibio sol invernal, desarrollaba su cinta inacabable de vehículos motorizados. Con manedumbre civilizada, peatones y carros obedecían la regulación lumínica de los semáforos. El dirigente del PPC atravesó el centro neurálgico de La Habana, situado en ambas residencias oficiales —la del Congreso y la del Ejecutivo—, cuya zona se convertiría una hora después en algo parecido al infierno.

No tardó en llegar a su casa, situada en la Séptima Avenida entre 18 y 20, en el reparto Miramar. En los altos lo esperaba ya su esposa, la señora Rosa Galano. Durante unos instantes, el pequeño nietecito acaparó la atención del abuelo.

Siguió el almuerzo en el amplio comedor. Una anciana sirvienta indagó:

—¿Cómo se siente de la neuralgia, doctor?

Referirse a la dolencia facial que padecía PC y que trataban los médicos.

—Voy mejor, con ayuda de las piladoras...

Concluido el almuerzo, el dueño de la casa se enfundó en un pijama y examinó los diarios. Acto seguido se preparó a dormir la siesta habitual.

No pudo hacerlo. Una llamada telefónica le hizo tomar el auricular. Del otro lado, una voz nerviosa le informaba:

—Doctor, la radio anuncia que están asaltando el Palacio Presidencial...

Sucesivas comunicaciones fueron completando la versión de los hechos en las horas subsiguientes: el ataque al Palacio Fracasaba. Entre la mansión palatina y el Palacio de Bellas Artes, solamente separadas por el parque Zayas, se desarrollaba un horriblo tiroteo, en que participaban armas de todas clases.

Pelayo Cuervo no tuvo que pensar mucho para adoptar una decisión. No sería la primera vez en que acontecimientos parecidos provocaran visitas de la fuerza pública a las residencias de muchos jefes opositoristas y detenciones indiscriminadas por varias horas. El 26 de julio de 1953, el 29 de abril de 1956, entre otras fechas, los cuerpos represivos actuaron en ese sentido. El ex senador Cuervo Navarro había sido repetidamente objeto de distintas "retenciones".

Alrededor de las 2 —lejos, en las inmediaciones del Palacio Presidencial, el estampido de la refriega no decrecía un momento—, descendía PC las escaleras de su casa. En la puerta, su esposa lo exhortaba:

—Ten cuidado, Pelayo...

—No te preocupes. Voy a casa de unos amigos, cerca de aquí, para enterarme de lo que pasa.

Abajo, en el auto, lo esperaba su secretario. Partieron. Ya sus familiares no vieron más vivo al conductor de la Ortodoxia.

Y tarde, la planta de la Policía Nacional informaba que el cadá-



LUTO.

por ARROYITO.

¡Alguien está haciendo una llamada general al patriotismo!